

Cincuenta años de Filosofía en Argentina



Cincuenta años de Filosofía en Argentina

PROLOGO

UN grupo de amigos, amantes de la filosofía y admiradores del doctor Luis Farré, profesor de la Universidad de La Plata, ha querido que yo infligiera este prólogo a su interesante y utilísimo libro. No es tarea fácil. Soy poco afecto a la pluma. Entre todos los argumentos dados para justificar tamaño privilegio, supongo que hay uno en verdad más o menos convincente: soy el patriarca cronológico de la filosofía argentina. Caso singular, en verdad, pues por ser yo contemporáneo absoluto del tema, corro el riesgo de comprometer la objetividad histórica. Estoy demasiado cerca de los hechos y podría faltarme perspectiva. Por otra parte, tiene también sus ventajas. Gozo, por ejemplo, del privilegio de haber sorprendido a no pocos de nuestros filósofos con las manos en la masa, especialmente en los primeros tiempos. No en vano he sido y soy amigo de la mayoría de nuestros filósofos surgidos de cincuenta años a esta parte. Ello me recuerda a cierto gran historiador argentino, el cual se burlaba un tanto de la documentación histórica, agregando que él, a fuerza de longevidad, resultó contemporáneo de la patria. Yo también vi de cerca la lenta, laboriosa y progresista formación del espíritu filosófico en la Argentina, siempre que se use la palabra filosofía en sentido técnico y no de mero aficionismo. Esta proximidad hace de mí una especie de ayuda de cámara de la filosofía argentina. Pero nos puede consolar esta reflexión de Goethe: no hay grande hombre para su fámulo, mas no es menos cierto que esto es verdad cuando el mismo tiene alma de tal. Seme-

El historiador sabe muchas cosas, todas sobre la base de documentos y de fichas éditas e inéditas, pero la historia sin documentos también es historia. Por eso, la obra debe ser completada por memorias personales, aún cuando cabe reconocer que el género es peligroso, pero indispensable. Basta con buena memoria y honradez mental. De semejante modo humilde, comencé el sentido filosófico elevado. Después se escribió. Oscar Wilde decía que uno escribe su "memoria" cuando comienza a perderla. Se trata, sin duda, de una exageración ingeniosa. Imperfecta y todo, la memoria exacta es también un documento. La crítica, en todo caso, pondrá las cosas en su lugar. El historiador científico ignora documentos esenciales y abusa, fatalmente, de la abstracción y del esquema. Una cosa es el hecho histórico, otra la relación entre los hechos y otra la valoración de los hechos. En nuestras frecuentes y cordiales disputas con historiadores amigos, nosotros, gustos de algún ligero escape pirrónico, afirmábamos que, en definitiva, la filosofía y la historia se diferencian en esto: el filósofo, para equivocarse, no necesita documentos... Se puede errar, pues, en los tres elementos indicados. Por eso, es prudente que sobre un mismo tema se escriban varias historias y memorias ricas y honestas.

Nosotros escribiríamos de otro modo la presente historia de los últimos cincuenta años de la filosofía en la Argentina, no porque sea censurable la presente, sino por estar en la índole de la materia la diversidad de aspectos. Los enfoques múltiples no se excluyen, antes bien, se complementan. No la escribiríamos con mayor inteligencia ni ecuanimidad. La escrita por el doctor Farré tiene el mérito, además, de ser la primera que se publica.

El pensar filosófico iberoamericano fué, en general, escasamente especulativo. Todo se redujo a "credos" filosóficos, en función de la actividad política y la organización constitucional. Pretelegió el pensamiento pragmático y el dogma ejecutivo. Se escribían "libros de acción", pero siempre invocándose un alto pensamiento filosófico. Ni filosofía, pues, ni ciencia pura. Con el andar de los años, surge levemente el espíritu especulativo. En Norteamérica había más filosofía. Predominaba la religión que, por la fuerza de las cosas, fué estimulando la filosofía misma, aun cuando, a la postre, se emancipara de su origen místico. La tradi-

Cincuenta años de Filosofía en Argentina

ción filosófica inglesa, el puritanismo, la Revolución francesa, etcétera, suscitaban el ambiente filosófico más o menos elevado. No en vano apareció la más americana de las filosofías, cual fué el pragmatismo, que mucho conserva del espíritu filosófico religioso, desde el más bajo al más alto. A veces, hasta pareció demasiado yanqui, como el caso de aquella iglesia que ostentaba este cartel: "Misas a la minuta para hombres de negocios". La acción se tragó el alma. Se tuvo el culto de la acción, por encima de todo, hasta llegar a lo que llamaríamos la épica de la "eficiencia". Pero, lo cierto es que los Estados Unidos siempre tuvieron una cultura filosófica muy superior a la nuestra. Paulatinamente, la filosofía, en sentido noble, fué emergiendo a través del espíritu pragmático, hasta llegar a la forma superior que ahora ostenta, sin que aún pueda compararse con el pensamiento europeo. No cabe decir lo mismo de Latinoamérica, donde siempre hubo cierto desgaire por la filosofía, amén de que la española carecía de importancia. En la Argentina, por ejemplo, disfrutamos de una elemental y fría escolástica en la época colonial, aunque cabe reconocerlo, inició la cultura en estas regiones. Vino luego el iluminismo, que fué, en general, la filosofía de la emancipación, especialmente en la parte política. Más tarde tuvimos el romanticismo historicista, aunque mucho se conserva del espíritu iluminista. Fué la filosofía de la organización nacional. Y, por fin, el positivismo, el cual coincide con el pujante progreso vegetativo del país, sin que se pueda establecer una relación de causa a efecto entre las ideas filosóficas y la vida política, según pretenden los epígonos del materialismo histórico. Los próceres argentinos justificaron, sí, su acción por medio de grandes ideas, aunque, por lo general, vividas más que pensadas, pero sin que las ideas perdieran por completo su valor de verdades en sí, vale decir, su carácter instrumental.

Cuando se habla de "ideas argentinas", bueno es dejar constancia de que son ideas con un mínimo de filosofía fundamental, esto es, se toma el término en sentido muy amplio y no estrictamente filosófico. Las ideas filosóficas procedían del extranjero y tomaban inmediatamente una inflexión activa y política, más o menos adaptada al ambiente histórico argentino. La aristocracia de la cultura no ignoraba del todo la filosofía. No así la clase media intelectual, y, como es lógico, mucho menos el bajo pueblo.

Las ideas, combinadas con los instintos religiosos y políticos de la multitud, se convertían en creencias militantes. Como hemos dicho, eran ideas vividas más que pensadas, o sea, simples "credos" filosóficos. Más que de filosofía, se trata de mera Weltanschauung, de mayor o menor metraje.

Entre los próceres, Alberdi fué el más eminente pensador. Echeverría profesaba una especie de dogmatismo lírico, aplicado a la política y a la filosofía de la cultura argentina. De Sarmiento, no puede decirse que haya sido un filósofo, si tomamos la palabra filosofía en sentido estricto. Lo mismo dígame de tantos otros.

Terminado el período romántico, le sucede el positivismo. A él se llegó mediante la depravación utilitaria del alberdismo, de la cual Alberdi no era responsable. Tuvo interés permanente por las grandes ideas filosóficas, sin que por ello, claro está, fuera un verdadero filósofo. Pensó para obrar, en forma descollante, máxime si se considera el ambiente espiritual de su época en la Argentina. Su utilitarismo tuvo fundamento espiritualista. No confundió la utilidad con un ideal, ni el ideal con la utilidad. La utilidad era un medio, el ideal, un fin. El positivismo argentino no dió importancia especial a los problemas cardinales de la filosofía. Se ocupó, más bien, de ciencias sociales, históricas, pedagógicas, psicológicas. En general, puede decirse lo mismo de los haeckelianos, spencerianos y comtianos. No se les hable de una filosofía prima, aunque fácil sería probar que estos autores disponen, sin saberlo, de una informe triptometafísica. Eran para ellos problemas inútiles; pero hacia 1907, bajo la presión de los jóvenes y ruidosos corifeos del anti-positivismo, se empieza a no tenerle miedo a la palabra metafísica. Solíamos vociferar por los corredores de la Facultad el siguiente jorismo: Filosofía sin metafísica es como café sin cafeína. Con no menos entusiasmo definíamos la filosofía, diciendo: La ciencia positiva es el estudio relativo de lo relativo, y la filosofía es el estudio relativo de lo absoluto.

Los positivistas, al sorprendernos leyendo la Crítica de la razón pura, nos acusaban de cultores de la oscuridad mental. Replicábamos: hay dos claridades: la oscura, en el fondo, y la otra, la que preferimos. El estilo filosófico debe ser como el aceite puro de oliva, gálicamente refinado: denso, diáfano y sustancioso. El ameno y periférico polígrafo José Ingenieros, amante del tardío cientifi-

Cincuenta años de Filosofía en Argentina

actuando siempre con singular brillo y originalidad. También actuaron en nuestro país Hans Driesch, Federico Enriques, Charles Bouglé, Paul Langevin, Hermann Keyserling, Desiré Roustan, Eugenio D'Ors, George Dumas, Pierre Janet, W. Köhler, Alberto Einstein, Jacques Maritain, Garrigou-Lagrange, Manuel García Morente, Max Dessoir, etcétera. Profesores argentinos de filosofía fueron invitados a dar conferencias en universidades de Europa y Norteamérica, dando a conocer en las mismas la historia del pensamiento argentino.

Se crean instituciones y sociedades filosóficas. Tienen lugar grandes conmemoraciones de filósofos clásicos. Se multiplican las casas editoriales en materia de libros filosóficos. Por primera vez se invita a un profesor argentino a asistir como miembro al Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Harvard en 1926, como único delegado de la América latina. Luego, ya se hace común la invitación a los demás Congresos. Tienen valor oficial los títulos filosóficos para la enseñanza. Abundan obras filosóficas escritas por argentinos, así como múltiples textos para la enseñanza. Lo mismo dígase de la difusión del periodismo filosófico. Profesores argentinos de filosofía asisten y dan cursos de filosofía en las grandes universidades de Europa y Norteamérica. Se confieren títulos honoríficos, en Europa, a filósofos argentinos. Obtienen los grandes premios otorgados por la Comisión Nacional de Cultura al aporte filosófico. Se fomentan las relaciones filosóficas interamericanas y europeas. No poco progreso alcanza el enriquecimiento de las bibliotecas filosóficas. Los diarios y revistas publican frecuentemente crónicas filosóficas de carácter crítico e informativo. En todas las facultades de Filosofía y Letras se crean institutos especiales de filosofía. Adquieren singular interés los trabajos sobre historia del pensamiento argentino. Se fundan múltiples instituciones privadas para el estudio de la filosofía. Prodúcese un hecho importantísimo: la frecuente publicación de libros filosóficos escritos por personas totalmente dedicadas a la vida filosófica. No menos interesantes son las "Jornadas de Epistemología e Historia de la Ciencia". La Epistemología se enseñó, por primera vez en forma oficial, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Luego se extendió a otras facultades, formándose fuertes grupos de estudiosos que pertenecen a esta disciplina. Tiene lugar, por fin, un gran acontecimiento en

la historia de la cultura filosófica argentina: se realiza el Primer Congreso Nacional de Filosofía de Mendoza, espléndidamente apoyado por el Estado, habiendo sido, en realidad, un Congreso Internacional. Todos estos antecedentes revelan que el interés por la filosofía ha cobrado un vuelo extraordinario.

¿A qué causas puede obedecer ese acontecimiento? No es tarea fácil determinarlo con precisión. Bástenos decir, a este respecto, que, en parte, es menester señalar el leve papel del progreso automático. Progresó la filosofía en nuestro país, como mucho avanzaron todos los demás valores nacionales, y, también, como es lógico, el ascenso fuertemente voluntario del pensamiento filosófico, dirigido por un núcleo de personas fieles a su vocación. Por suerte, logróse conservar el impulso creador, pues estos estudios suelen inspirar un interés esporádico más que verdadera y permanente dedicación. Surgió una juventud capaz de resistir el prestigio de las comunes pasiones gruesamente prácticas, esto es, la lucha económica, política, etcétera. Ahora ya se tenía el culto lírico de las grandes pasiones espirituales y, en modo especial, el de la filosofía prima y de la verdad en sí.

Hemos dicho que la cultura filosófica en la Argentina tiene varias épocas, a saber: la escolástica, el iluminismo, el romanticismo y el positivismo. ¿Cómo podría titularse el actual período filosófico que empieza débilmente a principios del siglo y logra gran auge en los últimos treinta años, más o menos? No es posible denominarlo con exactitud. Existen ahora demasiadas nuevas tendencias filosóficas. Se trata de una época de singular importancia; ya que con ella surge el verdadero espíritu filosófico en la Argentina. Comienzan a abundar las vocaciones, cultivadas con continuidad y exclusivismo. Se tiene, según vimos, rigurosa información filosófica directa. La filosofía ya no es diletantismo a base de noticias tardías y de segunda mano. Aparece la crítica filosófica practicada con toda seriedad, incidiendo, en forma especial, sobre el positivismo. Se diría que el positivismo es, por fin, hondamente estudiado. La crítica es ejercida con gran energía, asumiendo la doble forma positiva y negativa. Prueba de ello reside en el hecho de que, desde 1908, se inician los estudios de epistemología. Se ponen de moda Meyerson, Poincaré, Duhem, Le Roy, Stallo, etcétera. Pensábamos que si se quiere fundar una filosofía sobre la ciencia, se impone conocer el

Cincuenta años de Filosofía en Argentina

cismo extrapolante, comenzó a usar la palabra metafísica. Tal ocurrió merced a la influencia del clima filosófico creado en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires por los jóvenes belicosamente antipositivistas. Considerábamos que la metafísica es la esencia de la filosofía. Todo consiste en saber qué se entiende por metafísica. Algunos positivistas imaginaron por metafísica una trivial y vetusta cosmología. Recordemos, de paso, el Credo de Ameghino, eminente paleontólogo, aunque ingenuo y expeditivo filósofo. Ciertos profesores, cuando abandonaron el positivismo, se limitaron a una incipiente gnoseología, tales como Rodolfo Rivarola, primero, y después, Alejandro Korn. No en vano llegaron tarde a la filosofía. Los jóvenes, en cambio, teníamos desde los comienzos, amor a los principios cardinales metafísicos, gnoseológicos y axiológicos. Nos gustaba la aventura metafísica.

El hecho primordial de la cultura filosófica argentina, se manifiesta con la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Fué la única en su género. En 1904 se fundó la sección pedagógica de la Facultad de Ciencias Jurídicas de La Plata. Poco después, se convirtió en la Facultad de Ciencias de la Educación, casa entonces esencialmente positivista, comtiana, mechada con un poco de Haeckel y Büchner. En esa Facultad no había cátedra de metafísica. Sólo más tarde, en el año 1921, comenzó a enseñarse esa materia. En un principio, esa Facultad se llamó de Ciencias de la Educación, pero después cambió de nombre, llamándose Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En la de Buenos Aires la metafísica formaba una sola cátedra con la de ética. Tan poca importancia se daba a la primera. La Facultad descollaba más en materia de literatura e historia, muy poco en filosofía. La materia más considerada era la psicología fisiológica y experimental, dictada por Horacio Piñero. Después del año 1920, tuvimos ocasión de separar la ética de la metafísica, creando, por ende, una nueva cátedra. Es sabido que cuando ambas materias estaban unidas, la ética se llevaba la parte del león. La metafísica se enseñó, desde entonces, junto con la gnoseología.

La Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, nacida en la época de indiferencia filosófica, en sus comienzos tuvo poca importancia. En forma esporádica y modesta fué creándose, poco a poco, la cultura filosófica. Puede decirse que los cincuenta años de

cultura filosófica historiados por el doctor Farré, y en parte por nosotros, contendría dividirlos en tres períodos, en forma esquemática, o sea, desde 1900 hasta 1910, de 1911 a 1920, y de 1921 a la fecha. En estos primeros períodos era escasa la actividad filosófica. El segundo y tercer períodos alcanzan un nivel superior al primero. Después del año 20, comienza a cobrar gran desenvolvimiento la filosofía. Podemos decir que empiezan a abundar el interés y las vocaciones filosóficas, tanto en los estudiantes como en el público, y no menos a surgir la dedicación absoluta. Va aumentando el respeto por la Facultad de Filosofía y Letras. Se fundan otras sobre el modelo de la primera. Acrecen considerablemente las cátedras filosóficas, enseñándose materias que nunca se habían conocido entre nosotros. Abundan sobremanera las traducciones de obras filosóficas hechas en el país. Profesores argentinos de filosofía escriben en revistas y periódicos europeos y norteamericanos. Sorprende, máxime en los últimos años, el gran número de libros filosóficos extranjeros que se venden en el país. Se aprenden idiomas, como el inglés y el alemán, lo que permite la información directa. Se multiplica el conocimiento de todas las escuelas filosóficas. Pónense de moda las conferencias filosóficas de profesores argentinos y extranjeros. Ortega y Gasset, en 1916, llegó por primera vez a Buenos Aires, y permaneció entre nosotros casi seis meses. Puede decirse que por él, la filosofía salió a la calle, por lo menos a la de Florida... No era poco en aquellos tiempos antifilosóficos. Su saber novedoso y su estro artístico y oratorio, dieron la sensación pública de la filosofía, más que el claro concepto. Los jóvenes antipositivistas rodeamos a Ortega y Gasset, acentuando, como se comprende, la parte negativa de su obra, es decir, contra el positivismo. No así tocante a todas las nuevas ideas que él traía. En verdad, admirábamos a Bergson, aunque no al pie de la letra. Preferíamos ser bergsonianos heterodoxos. Resistíamos su irracionalismo absoluto. Nos deslumbraba la belleza profunda de su pensamiento. Discutible o no, Bergson demostró que para filosofar lo primero es tener talento, aun cuando de él se abuse un poco concretamente. Es perenne que no siempre acontece. El talentoso profesor español, por entonces, poco admirador del gran filósofo francés, puso de moda algunos filósofos alemanes eminentes, tales como Husserl, Max Scheler, etcétera. Ortega y Gasset volvió en 1928 y en 1941,

Cincuenta años de Filosofía en Argentina

mecanismo lógico, la estructura íntima de la ciencia, eludiendo, así, el dogmatismo ingenuo de los positivistas. Profundizar, pues, como primer grado de superación.

Muchos jóvenes, especialmente después de 1920, encontraron su propia vocación, expresada mediante tal o cual doctrina filosófica contemporánea. Así, todas las escuelas de la actualidad están dignamente representadas, en nuestro país, por filósofos que ya lo son de veras.

Como se comprende, la abundancia de las orientaciones hace difícil, por ahora al menos, encerrar en un exacto y relevante vocablo técnico la denominación de este período. Estamos aún en pleno hervor filosófico. Por eso, preferiríamos aplicar, siquiera interinamente la denominación de "idealismo". La vaguedad del término, en este caso, es una ventaja. Lo malo sería no saber que se trata de una denominación empírica e imprecisa. Ello no implica, en modo alguno, negar el carácter concreto de las doctrinas expuestas en este libro. La palabra "idealismo" es aquí sólo un hilo que ata el haz. Las teorías muchas son, y muy distintas, pero saben todas a idealismo por la alta dignidad que se concede aquí al pensamiento humano. No se discuta pues demasiado la amplitud y solidez de dicho lazo. Verdad es que, por ahora, no hay otro. La crítica futura pondrá las cosas en su lugar. No abusemos, por consiguiente, del rigor técnico en el uso del léxico filosófico.

Con todo, ¿por qué no admitir, si mucho nos apuran, que el vocablo "idealismo" puede tener, en este caso, un significado más intrínseco? En efecto: diríamos "idealismo", con cierta intención, porque durante el período historiado en este libro, todos los autores, —aunque muy distintos unos de otros—, coinciden, como dijimos, en exaltar el pensamiento humano, a la manera de los filósofos clásicos. Nada, pues, de positivismo empírico, ni de pragmatismo, etcétera. Mucha afinidad tienen esos autores con los antiguos sofistas. Guerra, por tanto, contra la misología, como llamó Platón al repudio del logos.

¿Existe una filosofía argentina? La misma pregunta cabe hacer acerca de los países latinoamericanos. Se han publicado pequeñas antologías filosóficas sobre el tema. Recordamos, entre otras, una reciente edición de fragmentos filosóficos latinoamericanos. Ella nos

trae a la memoria una humorada paradójica de Unamuno, quien, después de haber leído La ciencia española, de Menéndez y Pelayo, dijo que éste había probado hasta la saciedad cuán poca ciencia española hay. Todo se reducía a un sinnúmero de insustanciables folletos. Poca ciencia, por cierto, si no había mayores obras en calidad y cantidad. Hipérbolos aparte, cabría decir algo parecido, y con mayor razón, de las antologías sobre la filosofía latinoamericana. Prueban el carácter rudimentario del valor filosófico de los pensadores de estos países, salvo algunas excepciones. La originalidad tiene muchas formas, pero, en este caso, no cabe hablar, precisamente, de novedades fundamentales. De cualquier manera, se trata de un comienzo indispensable, tal como lo cultivaron esos beneméritos precursores. La cultura no implica originalidad, pero sin duda la prepara. Por esto es grande el mérito de casi todos los hombres mencionados en aquellas antologías. Nos atreveríamos a sostener, si bien se nos comprende, que lo más difícil, en materia filosófica, puede estar en la iniciación y no en la originalidad. El filósofo uruguayo, Carlos Vaz Ferreira —figura egregia, por cierto rica de autenticidad, ética y mental—, nos dijo, hace algunos años, que era en extremo arduo componer una obra filosófica en estos países. Quien quiere filosofar, se parece a un niño frente a un pizarrón colocado a una altura excesiva para él, de tal manera que, cuando debe escribir una palabra, se ve obligado a dar un salto. En Europa no ocurre tal cosa, pues sobra ambiente incitante y no faltan maestros. No tenemos tradición filosófica. Nada más difícil que estudiar filosofía en Latinoamérica. Antes de 1920, era todo un rasgo de verdadero heroísmo dedicarse a esta clase de estudios, tildados de inútiles. Se impone, pues, crear una tradición. Apenas empezamos a salir de la colonia filosófica en el sentido espiritual del término. Lo que se ha hecho durante los últimos años no es sino, en general, una manera de trasplantar el pensamiento europeo. Hemos estado, diremos, en pleno esfuerzo exógeno, o sea, de absorción de lo puramente externo. Sólo ahora ese esfuerzo empieza a entrelazarse con la inquietud endógena. Así la tradición filosófica argentina será creadora, selectiva y universal. Mas, para ello, habría de ser, ante todo, espíritu crítico. De esta manera superaremos el mero tanteo. Y no podría ser de otro modo. Poco importa que en la producción de este período inicial abunde la simple glosa, los vulgares

Cincuenta años de Filosofía en Argentina

vulgarizadores, el refrito académico, la rapsodia, el periodismo, la paráfrasis, el compendio, etcétera. Todo ello era necesario. Históricamente, es menester admitir que esas formas culturales subalternas son previas al advenimiento de un saber filosófico original. En medio de tanto incipiente bregar, a veces ingenuo, se ha ido destacando, poco a poco, la silueta de un pensamiento filosófico original, muy superior, por cierto, a la producción de las épocas anteriores. Bien puede afirmarse, pues, que ahora estamos en plena madurez filosófica.

Nada más dificultoso que historiar las ideas filosóficas argentinas. No se puede proceder como si se tratara de ideas europeas. En el Viejo Mundo existe una larga y fuerte tradición filosófica. Cada autor cuenta con un sin fin de expositores críticos. Acá todo está por hacerse. No es poco el mérito del doctor Luis Farré. Por primera vez se realiza un trabajo orgánico, revelador de laboriosidad crítica, llena de ecuanimidad y simpatía por los autores. Ello merece elogio, puesto que los filósofos argentinos, máxime desde que la filosofía alcanzó forma técnica, han cumplido una obra en extremo difícil. Durante casi cincuenta años hemos visto cómo, poco a poco, se fué formando la cultura filosófica argentina. Ya no se puede decir que ella es superficial, intermitente y anacrónica. Muchos jóvenes se ocupan ahora de filosofía con talento y dedicación absoluta. Ningún filósofo extranjero puede ya sorprendernos. Todas las escuelas filosóficas son conocidas y altamente criticadas. Superfluo fuera, por tanto, comparar el nivel actual de la cultura filosófica argentina con el de 1907.

Lo repetimos: no corresponde imaginarse que la historia del pensamiento filosófico en nuestro país se puede hacer con criterio europeo, como ocurre en centros de gran tradición filosófica. En América latina, todo estaba por hacerse. El sentido histórico era asaz débil. Es relativamente cómodo escribir, por ejemplo, una historia de la filosofía contemporánea en Berlín o en París, puesto que ya, en el momento de escribirla, existe gran parte hecho. En la Argentina el historiador se encuentra desorientado. No se puede construir sobre lo que apenas existe.

El doctor Farré nos ofrece la primera tentativa de una historia del pensamiento filosófico en la Argentina, en sus últimos cincuenta años, sin duda los más fecundos. Es, a no dudar, la época

de la creación de la cultura y del espíritu filosóficos en la Argentina: él ha preferido darnos una información exacta y amable. Sólo se propuso ofrecernos una serie de estampas filosóficas autónomas. Sabía, por lo demás, cuán delicado es escribir acerca de filósofos vivientes. . . En su historia faltan algunos y sobran otros, y no menos cierto es que se ha eludido, en buena parte, el cálculo de la estatura filosófica de los autores, así como nos dió una historia de escaso espíritu genético. No son defectos. Sólo cabe admitir que las cosas pueden hacerse bien de muchas maneras.

Se ha instituido, entre nosotros, en estos últimos cincuenta años, el culto del fuego sagrado de la filosofía. Fustel de Coulanges dedica un admirable capítulo de su Cité antique al origen de la forma del fuego sagrado. Permítansenos un símil: también la filosofía tiene su fuego sagrado. Cada uno de nosotros ha cuidado la llama metafísica, gnoseológica y axiológica. Todas las maderas que los antiguos arrojaban en el hogar sagrado, eran de alta calidad y sutilmente elaboradas. Aquí, en la Argentina, no pedimos tanto. Junto al vernáculo quebracho, hemos contado también con simple paja, así fuera reseca paja brava. No importa. El entrevero de sustancias combustibles fué brillante y fecundo. Los cultores de la filosofía han sido, en mayor o menor grado, y cada uno a su manera, verdaderos fundadores. Cabe esperar que algún día el fuego sagrado de la filosofía argentina alcance esplendor y magnitud extraordinarios. Tendrá, empero, como condición histórica, la obra realizada durante el medio siglo historiado, por primera vez, en el libro del doctor Luis Farré. El autor merece, pues, la gratitud de todos los argentinos que aman la cultura filosófica.

CORIOLANO ALBERINI.

Cincuenta años de Filosofía en Argentina

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO, por <i>Coriolano Alberini</i>	7
INTRODUCCIÓN	21
CAPÍTULO I. <i>Inicios en el Filosofar</i>	41
CAPÍTULO II. <i>Rodolfo Rivarola y Carlos Baires</i>	45
<i>Rodolfo Rivarola</i> . — Sus autores preferidos. — Filosofar y Filosofía. — Qué es metafísica. — Preferencias por la ética. — Apreciación y crítica del positivismo. — La realidad nacional. <i>Carlos Baires</i> .	
CAPÍTULO III. <i>El Positivismo. Sus Primeros Representantes</i>	55
<i>Positivismo comtiano</i> : <i>J. Alfredo Ferrelra</i> . — <i>El moralismo de Agustín Álvarez</i> . — <i>El optimismo evolucionista de Florentino Ameghino</i> . — <i>El positivismo de Carlos Octavio Huneez</i> .	
CAPÍTULO IV. <i>El Positivismo Cientificista de José Ingenieros</i>	69
Preferencias y rechazos. — Qué es filosofía. — El moralista. — La metafísica. — Significado de la filosofía argentina.	
CAPÍTULO V. <i>El Materialismo: Anibal Ponce y Juan B. Justo. Balance y Crítica del Positivismo</i>	85
<i>Anibal Ponce</i> . El materialismo histórico. — Su visión de Argentina. — <i>Juan B. Justo</i> . — Evolución histórica materialista. — Su visión de Argentina. — Apreciación del pensamiento de Justo. — <i>Balance y crítica del positivismo</i> .	
CAPÍTULO VI. <i>Alejandro Korn y La Filosofía de la Libertad</i>	101
Crítica del positivismo. — Influencias y punto de partida. — Teoría del conocimiento. — Axiología y filosofía. — La ética. — En busca de una metafísica. — Filosofía argentina. — Korn en el filosofar argentino.	
CAPÍTULO VII. <i>Coriolano Alberini y La Reacción Antipositivista</i>	135
<i>Coriolano Alberini</i> . Ciencia y filosofía. — Ética y teoría de los valores. — Filosofía e internacionalidad. — La filosofía en Argentina. — Apreciación.	
CAPÍTULO VIII. <i>Superación del Positivismo</i>	151
<i>Alberto Rougés</i> . Las jerarquías del ser. — <i>Alfredo Franceschi</i> . Defensa del realismo. — <i>Patricio Grau</i> . Analítica del objeto ético. — Analítica del sujeto ético. — <i>Luis Juan Guerrero</i> . — <i>Saúl Taborda</i> . — <i>Despierta la vocación filosófica</i> . Nuevas influencias. — Un espíritu nuevo.	
CAPÍTULO IX. <i>Francisco Romero</i>	169
Filosofía e historia de filosofía. — Valor y persona. — Filosofía de la cultura. — El pensamiento americano y argentino. — Teoría del hombre. — Apreciación.	

	Pág.
CAPÍTULO X. <i>Otras Expresiones del Pensamiento Contemporáneo</i>	187
<i>Enilio Estiú</i> . — <i>Risieri Frondizi</i> . El problema del yo. — <i>Eugenio Paciardi</i> . — <i>Anibal Sánchez Reulet</i> . — <i>Juan Adolfo Vázquez</i> . — <i>Rodolfo M. Agostí</i> . — <i>Raymundo Pardo</i> . El empirismo filosófico. — Significado de esta teoría.	
CAPÍTULO XI. <i>Existencialismo y Tendencias Afines</i>	207
<i>Carlos Astrada</i> . Una actitud crítica. — Posición existencialista. — La revolución existencialista. — El hombre argentino. — Apreciación final. — <i>Vicente Fatone</i> . El problema religioso. — El existencialismo. — <i>Angel Vassallo</i> . Inmanencia y trascendencia. — Subjetividad y trascendencia. — Apreciación de Vassallo. — <i>Miguel Angel Virasoro</i> . El ser y la libertad. — Existencia y dialéctica. — A la búsqueda del ser. Apreciación. — <i>Rejeat Virasoro</i> . El problema moral. — <i>Carlos Alberto Erro</i> .	
CAPÍTULO XII. <i>Comentaristas y Expositores</i>	239
<i>Alfredo Covello</i> . — <i>León Dujone</i> . — <i>Rodolfo Mondolfo</i> . — <i>Manuel Néñez Regueiro</i> .	
CAPÍTULO XIII. <i>Filosofía Católica</i>	249
<i>Ninio de Anquín</i> . — <i>Leonardo Castellani</i> . Contenido doctrinal. — Edición de la Suma. — <i>Octavio Nicolás Derisi</i> . Filosofía cristiana. — Fundamentos de la moral. — Filosofía moderna. — Los existencialismos. — La persona. — Teoría del arte. — Apreciación. — <i>Julio Meinville</i> . <i>Contra Maritain</i> . — <i>Juan R. Sepich</i> . Metafísica. — La filosofía de M. Heidegger. — La raíz de la moral. — El filósofo. — Apreciación. — <i>Otros pensadores católicos</i> . <i>Hernán Benítez</i> . — <i>Tomás Casares</i> . — <i>Alfredo Fraguero</i> . — <i>Diego F. Pró</i> . — <i>Manuel Gonzalo Casas</i> .	
CAPÍTULO XIV. <i>Los Jesuitas. Apreciación de la Filosofía Católica</i>	289
<i>Enrique B. Pitt</i> . — <i>Imanol Quiles</i> . La filosofía moderna. — El existencialismo. — La persona humana. — Apreciación. <i>Juan Rosner</i> . — <i>Orestes G. Buzano</i> . — <i>Apreciación de la filosofía católica</i> .	
CAPÍTULO XV. <i>El Primer Congreso Nacional de Filosofía</i>	303
Las sesiones plenarias. — Sesiones particulares. — Reflexiones sobre el Congreso. — Las conclusiones del Congreso.	
CAPÍTULO XVI. <i>Caracteres del Filosofar en Argentina</i>	317
Filosofía americana. — Filosofía argentina. — Caracteres del filosofar en Argentina. — ¿Podemos estar satisfechos?	
CAPÍTULO XVII. <i>La Argentinidad en los Filósofos Argentinos Contemporáneos</i>	331